CC 579

Leido en 27. Febrero 1818.

C.º Legajo num.º 9.

Disertacion

sobre la conducta de los Militares y Paisanos Españoles en el dia de la ocupacion de los Fuertes de Barcelona.

Desplegó por fin su malignidad aquel horroroso nublado, que tomando su origen en la otra parte de los Pirineos amenazaba desde mucho tiempo á nuestra cara Patria. El fuego de la traicion oculto en las engañosas minas de la amistad, y de la alianza rebentó para prenderse en nuestras Ciudades, Villas, Lugares y Aldeas. Nuestro desengaño casi universal relativo al misterioso objeto de haber atravesado las Tropas francesas la barrera de nuestras fronteras debe contar su fecha en el dia veinte y nueve del mes de Febrero del año mil ochocientos y ocho. Barcelona fue el teatro donde la felonia vestida con el ropage del

disimulo quitó la mascara al mas solapado fingimiento para representar su papel característico. Sobre las once horas y media de la mañana del citado dia se vió inflamado y esparcido el negro vapor de las malicias, que desde el trece del mismo mes habia estado cubierto de transparentes nubes. Una numerosa coluna de Infantería francesa, que con el especioso pretesto de revista ocupaba la Esplanada dirigió sus pasos hacia la Ciudadela. Protegida y franqueada la entrada de esta Plaza por sus guardias entrante y saliente, muy superiores á las españolas, desfilaron luego de su formacion. otras varias de aquellas para relevar á todas las de los españoles. Las puertas y ventanas bajas de los Pavellones fueron ocupadas con alevosia para impedir la salida ó fuga de los militares sorprendidos. Tamaña felonia al mismo tiempo que encendió el fuego de la coleza en los espíritus marciales, difundió el asombro por toda la Ciudad. La consternacion se hizo universal en todos sus vecinos. Los unos se concentraban en sus hogares para verter lagrimas de dolor

suelo en el seno de sus familias, desaogando los pechos abrumados de dolor por tan inesperado movimiento. Otros, que no fueron los menos abandonaron sus talleres, negocios é intereses, y acosados del despecho salieron de sus casas para cerciorarse de lo que con dificultad podian creer. Las mas de las calles y Plazas de la Ciudad, singularm.te la del Palacio y Esplanada se vieron llenas de inumerable gentio confuso y colerico, ya por hallar verificados los anuncios, ya por divisar desde la muralla del mar, que otra coluna francesa cubria el camino del Castillo de Monjuihc. Un mormullo sordo, pero espantoso, terrible, semejante al que precede á las erupciones de los Volcanes se percibia distintam.te en todas partes. Cruzaban de continuo plazas y calles, Patrullas españolas, y acompañadas de las primeras autoridades se esmeraban á formar con sus energicas persuasiones, un dique, que represara el torrente de la colera, que amenazaba rebosar funestam.te. No faltaron rigidos y arrogantes censores, que zahirieron

y procazmente vituperaron la quietud guardada por los Militares y Paisanos de Barcelona en tan apurado conflicto. Algunos preocupados políticos la atribuieron á efectos de infidelidad, de cobardía, y de egoismo. De aquí el insultar el populacho franco á quantos salian de la Capital: de aquí el negarles el hospedage: de aquí el escasearles un vaso de agua para refrigerar su sed, que acosados de ella pedian con sumision: de aquí el amenazarles de muerte: de aquí finalmente todo genero de vilipendios, de insultos y de oprobrios, que sufrieron aquellos, que sufrio de la indiscrecion, estupidez y barbarie de los ignorantes y malicciosos. El menos político, pero juicioso é imparcial, descubrirá en la conducta de los Militares y Paisanos Españoles en el dia de la ocupacion de los Fuertes de Barcelona por las tropas francesas, la lealtad, la prudencia, y el patriotismo.

§5.

Solo aquellos hombres, que dominados del orgullo, poseidos de la ambicion, y guiados por las falsas luces de una razon corrompida no conocieron

otra felicidad que la de los seruidos, pudieron hacer problemática la obediencia y subordinación á las legítimas potestades, cebarse en el empeño de sacudir el yugo de la dependencia, y romper el lazo que une á los pueblos con sus soberanos, y ser depravados instrumentos de la ruina de los Estados. La funestísima tragedia de la Judea en tiempo del Emperador Augusto ya no tuvo otro origen. Con las máximas de una nueva filosofía, dice Josefo en sus antigüedades judaicas, empezaron ciertos ingenios turbulentos á declamar contra las disposiciones imperiales, ponderando que la sujeción del pueblo era una rigurosa esclavitud. Excitaron así el furor del mismo pueblo para recobrar los que llamaban derechos de su libertad: soplaron con todo su arte y esfuerzo el fuego de la sedición: y lograron convertir aquella provincia en un teatro de sangrientas guerras, robos, prisiones, homicidios, y todo genero de lastimosos estragos; enfurecidos los propios vecinos unos contra otros como implacables enemigos; siendo tal su rabia, que ni perdonaron al santuario

tan respetado antes de toda la nacion. El furioso amor de la independencia, fomentado con las perversas maximas de la nueva filosofia, „ planto segun el historiador, las venenosas raizes de los horrendos males, que despues oprimieron, y arruinaron enteramente aquella miserable Republica.„ Abreviemos las pruebas, y limitemoslas á tiempos menos remotos. Hussitas, Wiclefitas, Socinianos, Espinosistas, Luteranos, Calvinistas, y otros de igual jaez esparcieron doctrinas perniciosas, y las mas subversivas de toda autoridad. Lutero pintaba á los soberanos peores que el Turco: animaba á los Pueblos á armarse contra ellos: les trataba de verdugos, de carniceros. Zuwinglio disfrazaba sus errores con refinada hipocresia, y semejante al aspid que oculto bajo el matiz de hermosas flores despide el veneno mas ponzoñoso, atraia á los incautos con apariencias de religion á decidirse enemigos de toda autoridad. Wiclef desde el tribunal de su perversidad fallaba sentencia de muerte contra los Reyes al arbitrio de los pueblos. El humo denso que salia de tales sectas difundido por los Reinos y Provincias no tardó en empañar el cristal terso de las naciones mas ilustradas, mas

cultas, políticas y civilizadas. Los Monarcas y los vasallos fueron envueltos en un horroroso caos de guerras civiles. Inglaterra perdió su tranquilidad. Alemania ardió en el fuego de las discordias. La Holanda, la Dinamarca, la Polonia y la Suecia se hallaron imperiosamente arrastradas del furioso torrente de la insubordinación. Derquiciados una vez los cimientos del Edificio político esa indispensable se desplomaso toda la mole de la gran fabrica del estado con los horribles excesos y estragos, que no bosqueja el pincél de la historia. La sentencia de muerte contra Carlos primero de Inglaterra fulminada por sus vasallos y executada por los mismos en un publico cadalso::: la expatriacion y fuga de Carlos segundo para evitar una catastrofe igual á la de su padre::: las persecuciones del pueblo contra Jacobo segundo::: los asesinatos cometidos en la francia en las personas de Henrique tercero y quarto::: no fueron sino funestos efectos de aquellas perversas doctrinas q. incultaron á los pueblos la inobediencia á las autoridades legitimas. La sola francia sentina de abominacion, centro de horrorosas divisiones,

de deplorables monstruosidades, y de excesos los mas execrables, nos dá testimonio de la necesidad de un freno que contenga á raya las pasiones para no sublevarse contra el estado. El espíritu de seduccion propagado en aquel reino infeliz por Baile, Montesquieu, Puffendorf, Diderot, Helvecio, Voltaire, Horacio y sus discípulos, y bien hallado en el caracter veleidoso de aquellas naciones abortó en estos ultimos tiempos los asombrosos catastrofes de que hemos sido testigos.

El Pueblo Español nunca ha perdido de vista aquellas maximas que enseñó el mismo autor y maestro de la religion christiana con su doctrina y exemplo: maximas saludables de sumision y respeto á las legítimas potestades, q.e predicaron los Apostoles: que inculcaron en sus escritos y sermones los antiguos Padres, Prelados y doctores de la Iglesia, y que los Justinos, los Tertulianos, los Atenagoras y demas celebres Apologistas de la religion tanto elogiaron en los primeros siglos. Aun cuando extinguida la linea varonil de la casa reinante en España, una funesta guerra dividió á la nacion en dos partidos, no perdió su lustre la lealtad española: pues jamas se trató de sacudir

el yugo de la sumision y obediencia â la au:
toridad legitima, si que se disputaba solam.te
sobre qual de los dos nobles y benemeritos Principes
debia recaer el cetro, la corona, la autoridad y
el mando. Y si Plinio escribiendo â Trajano daba
testimonio de la obediencia, sumision y respeto
de los Christianos â las leyes del Emperador, aun
las mas arduas y gravosas; no podremos darle
tambien en obsequio de nuestra nacion de la
lealtad de los militares y Paisanos Españoles por
la conducta que observaron en el dia de la
ocupacion de los Fuertes de Barcelona? Es muy
cierto q.e la ignorancia del objeto de entrar las
tropas francesas â nuestro Principado, y la preci:
pitada marcha de las mismas desde la fron:
tera hasta Barcelona tenia perplejos â los
Militares y Paisanos de esta ciudad: pero las
terminantes ordenes de la Corte paraque fue:
sen aquellas bien recibidas, apenas les dexaba
lugar de duda sobre verificarse las vozes de antemano
esparcidas, que estaban de transito para
Cadiz, y costas meridionales de nuestra Peninsula.
No es menos constante, que la inesperada no:
vedad de ocupar sus guardias las puertas

de la capital, luego del ingreso de la primera di-
visión, y con fuerzas superiores á la de los españoles,
infundía en los espíritus menos advertidos cierta
desconfianza de la tan decantada amistad fran-
cesa: pero las repetidas ordenes del gobierno supe-
rior para que se tratase á las tropas francesas me-
jor que á las españolas daban por otra parte
á sospechar, que algunas ocultas relaciones de los
gabinetes exigían estos y otros generos de sacrificios.
La soberbia francesa despedía de cuando en
cuando algunas chispas de su mala arrogan-
cia; mas se amortiguaban en breve á los vivos es-
fuerzos de la lealtad española, cuyo objeto era
llenar las intenciones del Monarca dirigidas á que
las tropas francesas fuesen tratadas mejor que las
españolas. Con tales miras se les suministraba
á los franceses todo quanto necesitaban. Con tales
miras se les agasajaba, se les obsequiaba, se les
procuraba complacer. Con tales miras se les
alojaba en las casas mas principales á medida
de su graduacion; se les franqueaban los mas
ricos aparentes, y bien adornadas camas. Con tales
miras se les ofrecian lucidas diversiones, y se les da-
ban opiparas mesas. Con tales miras se les propor-

cionaba el mas amigable y generoso hospedage. Con tales miras finalm.te se sofocaban en los nobles y leales pechos españoles aquellos recelos q.e debia inspirarles, y de hecho les inspiraba una nacion de poca fidelidad, segun Polibio: una nacion cuio caracter segun Lucio Floro, ha sido siempre el dolo y el engaño: una nacion perturbadora de la paz, en idioma de Matei historiador frances: una nacion q.e tenia â su frente â un nuevo Sila acostumbrado â dar â sus enormes delitos el aparente pretexto de union, de paz, de concordia. Por desgracia no salieron vanos los temores. Con capa de fina amistad se urdia y se tramaba la mas vil traicion. Tomaron los franceses sus medidas, y â la sombra de una fina alianza se apoderaron alevosam.te delos Fuertes de Barcelona. Los Politicos se ocuparan aqui en especular y decidir por ultimo recurso lo que los Militares y Paisanos Españoles debian hacer en tan azarosas circunstancias; Era acaso facil de resolver cuando concurrian tantas razones para balancear el juicio? Las primeras autoridades de Barcelona; no habian dado ya de antemano las mayores pruebas de lealtad noticion

do á la Corte cuanto ocurría, y sometiéndose á obrar segun las instrucciones que solicitaban: i veinte y cinco partes oficiales y estraordinarios enviados á Madrid en el corto espacio de diez días, y en algunos de ellos consultando la voluntad del Soberano sobre si se resistiría ó no á la fuerza en caso que intentasen los franceses apoderarse de los fuertes, no evidencia á todas luces la seguridad con que los Gefes y primeras autoridades contaban en la fidelidad de los Militares y Paisanos á las resoluciones del Monarca en tan críticos apuros? Sin haberse recibido de la Corte contestacion cabal y decisiva, ni siquiera insinuativa, q.e anulase ó dejase arbitrario el cumplimiento de las anteriores prevenciones del buen trato que debía darse á los franceses; no había mas lealtad en esperar que en romper; en sufrir inculpablemente los males que amenazaban, que en exponerse tal vez culpablemente, en aumentarlos; en contenerse y reprimirse, que en darse á la desesperacion empeñandose en una oposicion desigual, y por lo mismo imprudente?

§ 2.

El Senado de Roma cuias juicios y resoluciones merecen aplauso en las historias al primer aviso de la fatal derrota de la famosa batalla de Cannas se esmeró en sosegar al pueblo lleno de consternación y despecho, poniendo al público subasto los mismos campos, que ocupaba con su tropa el victorioso Aníbal. Fabio Sapientísimo digno por su prudencia de los encomios q.e se le prestan, despues de tan trágico suceso salió despacioso con semblante tan sereno, que pudo tranquilizar los ánimos mas abatidos. No ignoraban aquellos sabios Magistrados el peligroso estado de su Republica. A medida de su alta penetración, y de su zelo, veian, que el triunfo abria á Aníbal las puertas de Italia, y temian con sobrado fundamento, que Roma quedaba en el inminente y propinco riesgo de ser sitiada por el Exercito Africano: pero juzgaron en aquella razon mas oportuno inspirar al Pueblo valor para hacer frente á los reveses de lo que llamaban fortuna, y procurarse con

el tiempo mejor suerte, que inspirarle valor para hacer frente á los enemigos abandonandose á una desesperada empresa con epito seguro. A su imitacion los Gefes militares, y Politicos de Barcelona en el dia de la ocupacion de los Fuertes trabajaron con teson en disuadir al Pueblo de todo proiecto de rompimiento. Afianzados en la obediencia y docilidad de soldados y paisanos les persuadian con eficacia, con suavidad y dulzura la importancia, y mayor ventaja de la quietud y sosiego que lograron á medida de sus deseos. Para convencernos de la prudencia de semejante conducta compendiemos como en un breve mapa el estado de la Capital en aquella epoca. Por la tarde del trece de Febrero habia entrado en Barcelona la primera division francesa en numero de cinco mil quatrocientos veinte y siete hombres, mil ochocientos treinta caballos con su tren de Artilleria. Por la tarde del quince del mismo mes habia entrado la segunda division compuesta de quatro mil setenta y nueve hombres, y setenta caballos. El total segun el computo que se desprende de la citada

enumeración asciende á nueve mil quatro: cientos noventa y seis hombres, y mil nueve cien: tos caballos. Pero, y las partidas sueltas que en: traron á pelotones casi todos los dias desde el tres hasta el veinte y nueve de Febrero, aumentaba poco, aunque insensiblemente la fuerza fran: cesa: depaba tambien de advertir el menos cuerdo, que ya desde mucho tiempo familias enteras se habian las unas de evadir la oppre: sion de la francia, las otras con pretexto de despachar sus mercancias, pasaban á fixar su domicilio en Barcelona: cuantos emisa: rios tendria ya adelantados el gobierno franc: en nuestras Provincias, como los habia embiado antes q.e sus tropas á los otros reinos: y cuantos ingenieros para formar anticipadamente mapas exactos de nuestras Poblaciones, y tiran líneas de los Castillos y Fuertes de España: Juntemos ahora con todas las fuerzas francesas, las españolas. Despues de la salida de veinte mil hombres de nuestro reino p.a el Norte al servicio de Napoleon debia quedar precisamente muy corta la guarnicion de las plazas. En el dia de la ocupacion de los Fuertes toda la de Bar:

celona consistían en un batallon de Reales Guardias Españolas, y otro de Walonas; el tercer batallon del regimiento de Extremaduras; dos esquadrones de caballería de Santiago; una parada de Artillería, otra de Suizos, una Comp.ª de fusileros, y algunos otros de diferentes regimientos, que ni siquiera tenían formacion. Las fuerzas militares españolas, ó no pasaban, ó pasaban muy poco de quatro mil hombres. El Pueblo de Barcelona era muy numeroso, no puede negarse: los mismos Generales franceses se asombraban de ver el inmenso gentío en todas sus plazas, sus calles y paseos publicos. Pero de tan numerosa multitud deben descontarse ancianos, mugeres y niños, que en ciertas ocasiones sirven mas de embarazo, que de provecho. Debe descontarse el clero secular y regular, cuias armas siendo espirituales no hubieran podido obrar en un rompimiento lo que obraron despues en defensa de la Religion, del Rey, y de la Patria. Deben descontarse finalmente algunos, aunque no muchos, á quienes la ambicion, la avaricia, y el prurito de vivir á su anchuras había desnaturalizado despojandole del caracter Español, y quienes teniendo anticipadamente ocultas relaciones con el gobierno francés se consideraban bajo sus auspicios, enamorizados

para oprimirlos á sus compatriotas con mayor crueldad y descaro que los mismos franceses; y que temerosos de que se frustrasen sus esperanzas se habrían tal vez decidido á favor de estos con ignominia de la nación. Los verdaderos fieles á Dios, al Rey y á la Patria estaban casi sin armas, ni tenían municiones, ni Jefe que dirigiese sus operaciones, ni sosiego é inteligencia para especularlas. Y estos, cuando la lealtad y obediencia no hubiesen ligado sus manos, podían prudentemente lidiar con unas tropas aguerridas y armadas; oponerse á unas fuerzas á las que la rabia y desesperación de hallarse encerradas debía redoblar en perjuicio de toda oposición, como sucedió al consul Manlio con los toscanos, segun refiere Tito Livio: una nave sin Piloto surcará por algun tiempo las olas del mar embravecido; pero al fin ni podrá evitar los escollos, ni dejará de estrellarse desgraciadamente. La soberbia Roma, y la culta Grecia sufrieron estragos considerables de guerras intestinas y las mas sangrientas mientras carecían de una cabeza que reuniendo la autoridad reconcentrase sus fuerzas y las dirigiese con acierto. El valor y la fuerza sin la pericia en el mane-

so de las armas son de poco ó ningun provecho. Los Exercitos mas bien organizados sin la prudencia y sabiduria de los Gefes labran su propia ruina. Pericles, preconizado por el clarin de la fama tan político por los negocios de la Republica, como por su vasta y profunda tactica militar en la guerra contra los Lacedemonios, previene no aventurar acciones, ni formar empresas, q.e presten arriesgadas; y del poco ó ningun caso de sus amonestaciones se sigue la derrota de los Atenienses. Otro tanto debia temerse en Barcelona de una oposicion desigual.

Tampoco debe olvidarse lo que dice un sabio escritor de nuestros tiempos en una carta dirigida al que era proclamado Príncipe de la Paz, fecha en Madrid el doce de Noviembre de mil ochocientos y seis. „No es solo la fuerza física de los cuerpos, dice, sino la fuerza moral de los animos, „la que constituie la fuerza de una nacion; „no basta el poder de las armas, ni la destreza en su „manejo, para constituir la potencia de una Monar„quia, si faltan el espíritu, la confianza, y el brio en „los que han de defenderla; y el zelo y buena volun„tad en los que han de contribuir con los medios de la „defensa. — La opinion es la reina de los hombres, y esta „la veo apagada, ó muy fria, en mis compatriotas, „quienes parece que han olvidado la nobleza de su „origen, la grandeza de sus hazañas, y la gloria de las „antiguas hazañas, desde que han perdido sus costum-

„ bres, sus usos, sus modales, su trage, su idioma, y hasta sus preocupaciones, que alguna vez son de gran
„ de auxilio para vencer á sus enemigos, ó al menos
„ para no ser vencido de ellos„ Hasta aquí aquel
sabio escritor, y despues añade: „ La nacion q.e
„ vive enamorada de otras, está ya medio vencida,
„ dejando poco q.e hacer en una invasion á la
„ fuerza de las armas. Acaso deben á esta fatal
„ disposicion de sus enemigos gran parte de sus rapi-
„ dos triunfos los exercitos franceses.„ Si el autor de
esta carta creeria mas que hacer un bien á su
nacion dirigiendo sus sabias reflexiones al inex-
perto piloto á quien estaba confiado en aquella
epoca el timon de la monarquía con el objeto de
desengañarle; ni yo temeré hacer agravio á
mis compatriotas diciendo en obsequio de la ver-
dad, que mediaban ciertas circunstancias poco
ó nada favorables para el buen exito de la empre-
sa en caso de romper los militares y paisanos
de Barcelona en el dia de la ocupacion de sus fuer-
tes. Demasiado notorio y cierto es, q.e una especie
de frenesí en imitar á los franceses se habia apode-
rado de los cerebros de muchos españoles. Prescinda-
mos de la comunicacion de algunos de nuestros sabios
con los falsos filosofos de la francia, de la frequente lec-
tura de sus libros subversivos de todo lo bueno, y del
seguito de sus maximas perniciosas; conductos cubiertos
por donde se introducian las asquerosas y corrompidas

aguas del libertinage para infectar nuestras Provin:
cias. Juzguemos la causa por el exterior solamente.
Tactica militar en los Exercitos, redobles, marchas, uni:
formes, todo era â lo frances. Peinados, talles altos, calza:
dos, desemboltura, desnudez, usos, costumbres, exterioridades agenas del caracter español, y solo propias de la
nacion francesa, eran el imán mas poderosam.te
atractivo. Mesas, comidas, bebidas, y hasta las horas de
ser ellas servidas, todo publicaba su origen de francia.
Las manufacturas nacionales eran despreciadas, y
solo se vendian las tituladas con alguna denomina:
cion de aquel pais. Parecen sobradam.te rigidas cier:
tas leies que dictó Licurgo â los Lacedemonios para no
tratar con personas de otras naciones: pero fue tam:
bien muy acertado el pronostico fatal que hicieron de
su Republica los Romanos mas cuerdos desde q.e vieron
imitar en ella las modas y costumbres de las naciones
estrangeras. Confesemoslo paladinamente; los conta:
minados del contagio frances, q.e hacian alarde de copiar
en si mismos el vestido, los gestos, el semblante, el trage
y todo su porte de aquel original; como podian ali:
mentar en sus pechos maximas y sentimientos con:
trarios â sus malignas ideas?; como hubieran podido
oponerse con fuerza, y constancia â sus alevosos in:
tentos en la ocupacion de los Fuertes? „Frances en el ex:
terior, decia uno de los mas sabios y virtuosos Prelados
de la Iglesia de nuestro tiempo, y buen Español en el in:

terión, ó es monstruosidad, ó una para quimera.

Todas estas reflexiones presentan á la imaginacion un quadro el mas horrible: al querer considerar á los militares y paisanos españoles oponiendose á las tropas francesas en el dia de la ocupacion de los fuertes de Barcelona: ¡que dia tan memorable! ¡que infausto dia para nuestra amada Patria, si el furor y el despecho hubieran armado á aquellos contra ellas! Una tenebrosa noche en la q.e se esparcen repentinam.te densas nubes, formando, aquí un relampago q.e rasga la cóncava, allí un trueno q.e con su fragor asorda el oido, á la diestra centellea un rayo cuya actividad derriba una alta torre, á la siniestra un retorcido torbellino trastorna la tierra; y de todas partes se desploma copiosa lluvia que formada en torrente impetuoso envuelve en sus aguas la robusta encina con la débil caña, las piedras con las arenas, y se precipita con rapidez arrasando á cuanto se opone á su insaciable corriente, todo lo inunda, y á todos pone en consternacion; no es una imagen bastante expresiva, de la confusion, del alboroto, de los estragos y horrores q.e hubiera padecido Barcelona. El mar alborotado por una terrible tempestad cuando con la agitacion de vientos contrarios se encrespan las aguas, braman las olas, se estrellan los buques q.e las surcaban contra las rocas inmobles, y vomita por todas partes en sus playas, palos, velas, palos, papeles

destruidos, hombres ahogados, señales crueles de la desastrosa muerte; no puede darse una cabal idea de tan estrepitosa tragedia, como precisamente debía verse en semejante día. Los fuertes sacudimientos de la tierra en medio de un espantoso terremoto, que descalcinando los mas suntuosos edificios, sepultan entre sus ruinas á los miserables mortales, y convierte en paramos inhabitables las mas deliciosas ciudades; no ofrecen una idea del mayor horror de la que hubiera ofrecido Barcelona si la lealtad, la prudencia, y aun el patriotismo no hubiere contenido á los militares y paisanos españoles en el dia de la ocupacion de los Fuertes.

§. 3.

Dulce ac decorum est pro Patria mori: dijo el Poeta. no hay en realidad hombre alguno que preguntandose á sí mismo no aprenda, que es tan dulce, como glorioso morir por la Patria. „ Silva el Hanno, decía Tinnio, para los que mueren como cobardes, „ que yo celebraré con gozo la muerte de mi hijo Trasibulo, pues muriendo con fortaleza se hizo digno „ de tal Padre y Patria. „ „ ¿Como he de llorar, decía „ Seneca, á Hercules, Regulo, Caton, que lograron „ inmortal nombre sacrificando animos y sus vidas „ por el bien de la Patria? „ Acostumbraba decir el celebre Tebano Epaminondas: „ Bella cosa es morir en „ la guerra si se hace en defensa de la Patria, pues

lleva consigo la gloria de la maior fortaleza,,
El mismo Epaminondas hallandose en las ultimas
agonias herido de un golpe mortal en la Tam:
paña, sin que bastasen â oprimirle las congojas
dixo â sus compañeros,, no llegó el fin de mi
,, vida, sino mas alto y mejor principio; aora
,, vuestro Epaminondas nace, porque muere asi,,.
En todos tiempos han concedido los hombres las
notas mas distinguidas de honor y gloria, â los
q.e se han señalado en servicio de la Patria; y las
naciones todas se han esmerado en conservar
sus nombres, aplaudirles, ê ilustrarles. La ciudad
de Atenas, segun refiere Valerio Maximo, corona:
ba de olivo â los que atendiendo al bien de la
Patria solicitaban sus glorias. Los Romanos,
cuia corona de grama, llamada obsidional p.a
los que defendian la ciudad en algun asedio, era
de todas la de mayor honor (y la q.e segun Plinio,
dió el Senado â Quinto Fabio Maximo), en sus
leyes consignaban â los hijos los premios que
merecian sus Padres muriendo por la Republica.
La antiguedad coronaba con flores los sepul:
cros de los heroes, dice Propercio. Para inmor-
talizar el nombre de Aquiles, los de Thesalia

coronaron su sepulcro con Amaranto, flor que bañada con agua reverdece como dice Plinio; cuia disposicion celebró Alciato diciendo:

Oblegitur semper viridi lapis hic amaranto
Quod numquam Iterois sit moriturus honos.

Licurgo solo concedió poner titulos ê inscripciones en los mausoleos de los que habian muerto en la guerra en defensa dela Patria. Fue antiguamente costumbre en España erigir tantas colunas en los sepulcros delos heroes cuantos enemigos dexaban muertos en el campo de batalla. ¿Como pues los militares y paisanos Españoles no aspiraron â la gloria de verter su sangre en defensa dela Patria en el dia que las tropas francesas ocuparon los Fuertes? ¿Degeneró entre nosotros aquel antiguo valor catalan que de todas las ciudades de España libró la primera â Barcelona de las pesadas cadenas del Arabe, y extendiendose por las demas Provincias obscureció el brillo de la media luna otomana que vibraba sobre el emisferio de este reino? ¿Feneció aquel patriotismo que inspiraba esfuerzo para triunfar tantas vezes de esa misma nacion que baxo el yelo de la amistad encubre la traicion

mas horrible: Extinguióse el fuego de aquel amor Patrio, que mereció en otro tiempo á nuestros Padres el decoroso renombre de conservadores, restauradores, y heroes:

No nos dexemos alucinar con el nombre de Patriotismo, cayendo miserablemente en el error de colorar con el todo furor aun el mas imprudente y temerario en perjuicio de la misma Patria. „ Hallandose esta en peligro decia el Padre de la oratoria, debe defenderse á „ expensas de la propia vida, quando la defensa „ ha de aprovechar „ En ello consiste el verdadero patriotismo; en procurar á la Patria lo que mas le importa é interesa. Aquellos generosos defensores, cuya grata memoria, y reñalada proeza conservan y celebran las Historias, expusieron sus vidas quando con la perdida de estas conocieron poder salvarla. Hallandose Bias sitiado, y preguntado que haria de hacer en aquel conflicto: respondió con noble denuedo: „ Pues que de hacer sino atender á nuestra conservacion pelear hasta „ morir: „ A Callicratidas diciendole el adiós:

no que era una fatal agüero, pues si salía á campaña había de morir en el choque, sin asustarle este infeliz anuncio quiso dar la batalla, diciendo: „ muriendo yo, nada pierde la Patria, cediendo cobarde al enemigo, padece la Patria una „ afrenta; pues que me importa morir si solícito „ con mi muerte la comun utilidad: „ Codro, último Rey de Atenas teniendo sitiada su ciudad real sin soldados, ni dinero para defenderla consultó á Apolo si había alguna esperanza de salvar la ciudad, y respondiendo el oraculo que no había otro medio de socorrer á sus ciudadanos que derramar su propia sangre, supiendo la muerte: vestido de soldado embistió el primero á los enemigos, y murió para salvar su Exercito. Ahas; ¿que esperanza podian concebir los Militares y Paisanos Españoles en el dia de la ocupacion de los fuertes de Barcelona? ¿Animados de un Patriotismo mal entendido debian exponer la ciudad á ser reducida á escombros; á que, rios de sangre española y francesa inundasen las calles; á que, los conciudadanos q.e quedasen fuéran que sufrir el yugo de un cautiverio todavia mas cruel y tirano? Pues

tían en el Príncipado algunas fuerzas aguerridas, que pudieron auxiliar y sostener la superior empresa de resistir al enemigo v.; no era muy temible que el nuevo Atila desplegase todo su furor embiando de Francia, y tal vez del norte de España numerosas huestes para vengar sus planes frustrados, y cometer los atentados mas horribles contra nuestra cara Patria v.

El Patriotismo de los Militares y Paisanos Españoles fue mas verdadero. Ellos unieron al amor de la Patria, el zelo de la Religion; á los deberes de Ciudadanos, las obligaciones de Christianos. Intimamente persuadidos, que el Señor de los Exercitos es quien concede las victorias, recurrieron al trono de las misericordias con fervorosas rogativas, con oraciones publicas y privadas en que se estrecho su piedad. Aunque conocian y confesaban que podia Dios por ministerio de un angel destruir las tropas, y arrollar el orgullo del sobervio Senaquerib, note contentaron con levantar como Ezechias la mano al Cielo, con rendirse humildes y postrados en el

templo como Josafat; con invocar al Señor de todo corazon y derramar á su divina presencia el espíritu como Judith; con clamar, orar, implorar con profundos gemidos y copiosas lagrimas el divino patrocinio como los Macabeos: si que tambien á imitacion de estos ilustres defensores de sus pueblos, y á impulsos del mas heroico patriotismo, juntaron como ellos con las oraciones los esfuerzos de su brazo. Apenas indagaron militares y paisanos de Barcelona que se armaban algunas Provincias cuando enardecidos por el bien publico, y totalmte. insensibles para sus propios intereses, resolvieron aquellos la desercion sin faltar al juramento de fidelidad á sus banderas, y estos olvidar hasta sus propias familias. Al instante se establecieron aunque ocultas algunas patrioticas asambleas, y en ellas se descubrió el exaltado espíritu de religion y de patriotismo que animaba á los Barceloneses. En seguida se facilitó á las tropas la fuga, y se les suministraba medios de conseguirla. El Padre de familias reunia á sus hijos, y les animaba

á sellar su patriotismo con la sangre de sus venas. El Hijo rompía con generoso brío los estrechos y fuertes vínculos de la carne y de la sangre que le unían á los autores de su ida. La Madre apretaba gozosa en su seno aquellos pedazos de sus entrañas que de nuevo se le arrancaban con la despedida de sus tiernos hijos. Una multitud de gallardos jovenes abandonaron sus hogares, y sus comodidades, salieron de la ciudad, emprendieron largos y penosos viages, sacrificaron su reposo, y expusieron sus vidas en defensa de la Religion del Rey y de la Patria. Concluiamos pues, que en el tribunal de la imparcialidad debe justamente declararse: que en la conducta de los Militares y Paisanos Españoles en el dia de la ocupacion de los fuertes de Barcelona se dejó ver la lealtad, la prudencia y el patriotismo.

Igualada 15. de Enero de 1818.

Fr. Jose Gutierrez
Agustino.